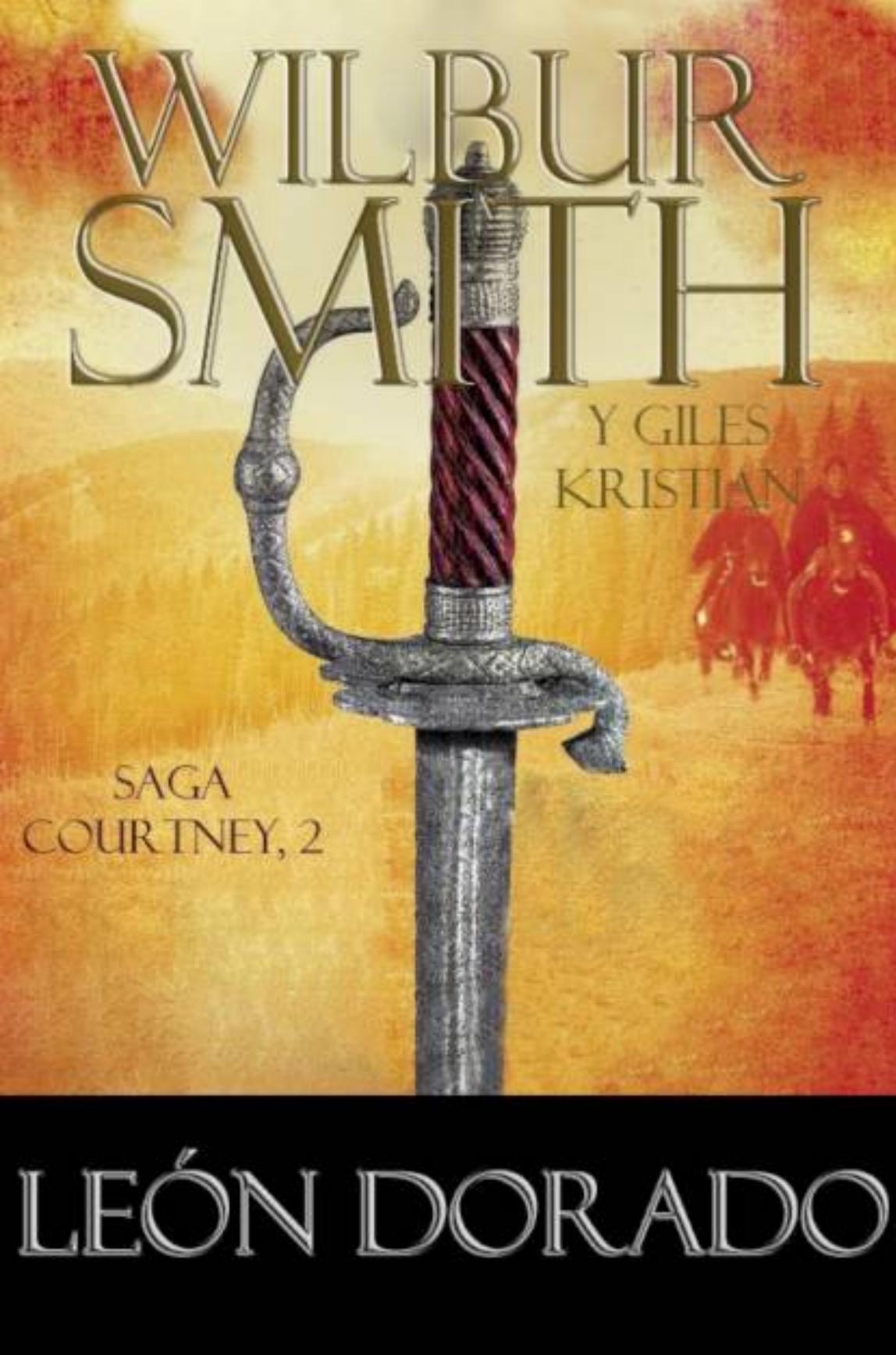


# WILBUR SMITH



Y GILES  
KRISTIAN

SAGA  
COURTNEY, 2

# LEÓN DORADO

Costa este de África, 1670. El capitán Henry Courtney, "Hal", se dirige al sur desde Etiopía a bordo de su barco, *Rama Dorada*. Bajo la cubierta, su tripulación y su amante, la intrépida guerrera Judith Nazet, duermen plácidamente. De pronto la luna asoma entre las nubes y Hal cree divisar la sombra de otra embarcación. Pese a la tregua reciente en la guerra entre ingleses y daneses, el peligro es palpable. Cuando el *Rama Dorada* es abordado violentamente, la tripulación debe defender la suerte del barco y la de sus propias vidas.

Pero aun deberán enfrentar un peligro mayor. Hal descubre que su enemigo mortal está vivo y busca venganza. Arriesgándose a cada paso, lo persigue a través del desierto y de la sabana, en los sórdidos mercados de esclavos de Zanzíbar y en medio de las aguas infestadas de tiburones de la costa africana.

Electrizante mezcla de drama y épica, León dorado despliega toda la maestría de Wilbur Smith como autor de novelas de aventuras, esta vez nuevamente de la mano de la célebre familia Courtney.

Dedico este libro a mi esposa, Niso.

Desde el día en que nos vimos por primera vez, ella ha sido una inspiración constante y poderosa, alentándome cuando yo flaqueaba y celebrando cuando tenía éxito. De verdad no sé qué haría yo si ella no estuviera a mi lado. Espero y ruego que ese día no llegue nunca.

Te amo y te adoro, mi queridísima esposa; no hay palabras que puedan expresar cuánto.



Ya no eran hombres. Eran desechos de guerra arrojados por el océano Índico a las rojas arenas del continente africano. La mayor parte de sus cuerpos estaban destrozados por los proyectiles o despedazados por el agudo filo de las armas de sus adversarios. Otros se habían ahogado, y el gas en sus barrigas hinchadas al pudrirse los había llevado a la superficie otra vez, como tapones de corcho. Allí las aves carroñeras y los tiburones se habían dado un banquete con ellos. Por último, algunos pocos habían sido arrastrados por el oleaje hasta las playas, donde los predadores humanos los esperaban para recogerlos otra vez.

Dos muchachitos corrían adelante de su madre y de su abuela siguiendo la línea del agua, gritando de entusiasmo cada vez que descubrían algo arrojado allí por el mar, cualquiera fuera su importancia o valor.

—Allí hay otro —exclamó el mayor en lengua somalí. Señaló hacia adelante, al lugar de la costa donde había sido llevado el mástil de madera de un barco que arrastraba un largo trozo de lona rota. Estaba unido al cuerpo de un hombre blanco que se había atado al mástil con un pedazo de soga de cáñamo mientras todavía vivía. Luego los dos muchachos comenzaron a reírse parados junto a ese cadáver.

—Las aves le comieron un ojo —gritó el mayor de los jóvenes.

—Y los peces le comieron un brazo —se regodeó su hermano menor, para no ser menos.

Un trozo de lona de la vela rasgada, obviamente colocada por el mismo hombre todavía con vida, estaba atado alrededor del muñón de su brazo amputado como un torniquete, y su ropa estaba medio consumida por el fuego. Las hilachas colgaban de su cuerpo cadavérico.

—¡Mira! —gritó el mayor de los muchachos—. Mira la hebilla en el cinturón que sostiene la espada. Debe ser de oro o plata. Vamos a ser ricos. —Se arrodilló junto al cuerpo y tiró de la hebilla de metal. Eso hizo que el muerto dejara escapar un gruñido sordo y girara la cabeza para mirar a los muchachos con su ojo sano. Ambos jovencitos gritaron horrorizados y el mayor soltó el cinturón de la espada para ponerse de pie de un salto. Corrieron hasta donde estaba la madre y se agarraron de la falda de la mujer, sollozando y gritando aterrorizados.

La madre corrió a examinar el botín, arrastrando con ella a los niños colgados de su falda. La abuela iba rengueando detrás de ellos. Su hija se dejó caer de rodillas al lado del cuerpo y golpeó con fuerza la cara del hombre. Este gimió de nuevo.

—Zinky tiene razón. Este blanco todavía está vivo. —Metió la mano en el bolsillo de su falda y sacó la hoz con la que cortaba el pasto para alimentar a sus pollos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó la madre, que jadeaba después de haber corrido.

—Lo voy a degollar, por supuesto. —La mujer tomó un mechón del cabello empapado del hombre y le tiró la cabeza hacia atrás para dejar expuesto el cuello—. No quiero tener que discutir con él acerca de quién es el dueño del cinturón y la hebilla. —Puso la hoja curva sobre un lado del cuello, y el hombre tosió débilmente, pero no se resistió.

—¡Espera! —ordenó la abuela bruscamente—. He visto esa hebilla antes, cuando estaba en Yibuti con tu padre. Este blanco es un gran señor. Es dueño de su propio barco.

Es un hombre muy rico. Si le salvamos la vida quedará agradecido y podría darnos una moneda de oro, ¡o incluso dos!

Su hija se mostró dudosa y consideró la propuesta por un momento, sin apartar la hoja de la hoz del cuello del hombre.

—¿Y qué pasa con su hermosa hebilla de metal de gran valor?

—La conservamos, por supuesto. —Su madre se exasperaba ante la falta de agudeza de su hija—. Si alguna vez él pregunta por ella, le diremos que nunca la vimos. —Su hija retiró la cuchilla curvada de la garganta del hombre.

—¿Y ahora qué hacemos con él?

—Lo llevamos al médico del pueblo.

—¿Cómo?

—Lo acostamos en esta tira de *lembu*. —Señaló la tira de lona que estaba envuelta alrededor del mástil—. Y tú y yo lo arrastramos. —Se volvió para mirar a sus nietos con severidad—. Los muchachos nos van a ayudar, por supuesto.

En su cabeza, el hombre estaba gritando. Pero sus cuerdas vocales estaban tan reseca, lastimadas y devastadas por el humo y las llamas que el único sonido que surgió fue un aflautado y trémulo silbido, tan lamentable como el aire que escapa de un par de fuelles rotos.

En otros tiempos, apenas un mes o dos atrás, él ponía la cara contra la tormenta y sonreía con alegría salvaje mientras el viento y la espuma del mar se lanzaban contra su curtido semblante. Pero en ese momento, la brisa cálida, perfumada de jazmines que apenas entraba en la habitación por las ventanas abiertas, le parecía que eran espinas arrastradas por entre los terribles jirones de su piel. Estaba consumido por el dolor, doblegado por él, y aunque el médico que estaba levantando las vendas de su cara hacía todo lo posible por trabajar con la mayor delicadeza profesio-

nal, cada centímetro adicional que quedaba expuesto lo apuñalaba con otro estilete agudo como una aguja de puro sufrimiento concentrado. Y con cada contacto, llegaba un nuevo y no deseado recuerdo de la batalla: el calor abrasador y el destello de las llamas; el rugido ensordecedor de los disparos y la madera que ardía; el aplastante impacto de la madera contra sus huesos.

—Lo siento, pero no hay nada más que se pueda hacer —murmuró el médico, aunque el hombre a quien le hablaba no entendía mucho el árabe. La barba del médico era rala y plateada, y tenía profundas arrugas y bolsas pálidas por debajo de sus ojos.

Había practicado su oficio durante casi cincuenta años y había adquirido un aire venerable de sabiduría que calmaba y daba seguridad a la mayoría de los pacientes que atendía. Pero este hombre era diferente. Sus heridas eran tan graves que ni siquiera debería estar vivo, y mucho menos estar prácticamente en posición vertical en la cama. Su brazo había sido amputado, sólo Alá el misericordioso sabía cómo. Su caja torácica en ese mismo lado de su cuerpo parecía el lado de un barril hundido con un hacha de combate. Gran parte de su piel todavía estaba quemada y con ampollas, y el aroma de las flores que crecían en abundancia debajo de la ventana abierta se perdía en medio del olor a carne de cerdo asada, el olor de su carne quemada y el repugnante hedor de pus y putrefacción que ya emanaba de su cuerpo.

El fuego se había ensañado con sus extremidades. Dos de los dedos en su mano restante habían quedado reducidos a muñones de huesos ennegrecidos que el médico también había serruchado, junto con seis de los diez dedos de los pies del hombre. Había perdido su ojo izquierdo, arrancado por predadores marinos. El párpado del otro ojo había sido quemado casi por completo, de modo que el hombre quedó mirando al mundo con una intensidad fría y

sin pestañeos. Pero la vista no era la peor de sus pérdidas; la virilidad del paciente había quedado reducida a poco más que un resto carbonizado y brillante de pálido tejido de cicatriz. Cuando —o más probablemente si es que— alguna vez se levantara de su lecho de enfermo, iba a tener que ponerse en cuclillas como una mujer para orinar. Si deseaba satisfacer a una amante, el único medio disponible para él sería su boca, pero las posibilidades de que alguien estuviera dispuesto a dejar que esa particular abertura estuviera cerca de su cuerpo, aunque se le pagara por ello, eran de verdad muy remotas.

Sólo podía ser por la voluntad de Dios que el hombre habría sobrevivido. El médico suspiró para sí y sacudió la cabeza mientras observaba la devastación revelada cuando se retiraron los vendajes. No, semejante atrocidad no podía ser la obra de Alá, el todopoderoso y muy misericordioso. Esta debía ser la obra de Shaitan, el mismo diablo, y el monstruo que tenía delante seguramente no era mejor que un demonio con forma humana.

Sólo sería cuestión de un momento para que el médico eliminara a este ser satánico que alguna vez había sido un hombre y, al hacerlo, impediría los horrores que seguramente iba a perpetrar si se lo dejaba para que vagara libre por el mundo. Su medicina contenía una dulce y almibarada tintura que aliviaría el dolor que claramente atormentaba al hombre antes de enviarlo a dormir para luego, con la suavidad de una caricia de mujer, detener su corazón para siempre. Pero el marajá Sadiq Khan Jahan mismo había enviado mensajes por toda Etiopía que ordenaban que este hombre en particular debía ser enviado a su residencia personal en Zanzíbar y allí tratado con especial cuidado.

Fue sin duda, Jahan había señalado, un acto de la divina Providencia que alguien hubiera sobrevivido a ser quemado por el fuego, a la amputación de un brazo, a la pérdida de un ojo, a casi ahogarse en el agua y a ser asado por el

sol durante horas o días antes de haber sido encontrado por unos niños del lugar, tirado en la playa.

La supervivencia de su paciente, se le había informado al médico, sería recompensada con una generosidad sin límites, pero su muerte sería castigada con una severidad igualmente grande. Había habido muchas ocasiones en su larga carrera en las que el médico había puesto fin discretamente a los sufrimientos de algún paciente, pero este con toda seguridad no iba a ser uno de ellos. El hombre iba a vivir. El médico se iba a asegurar absolutamente de que así fuera.

El hombre apenas podía ver una tenue luz, y con cada vuelta de la mano del doctor a la cabeza, con cada capa de vendaje que retiraba, la luz se fue haciendo menos tenue. Luego se dio cuenta de que el resplandor parecía estar llegando sólo a través de su ojo derecho. El de la izquierda estaba ciego, aunque podía sentirlo porque le picaba de una manera atroz. Trató de parpadear, pero sólo su párpado derecho respondió. Levantó la mano izquierda para frotarse el ojo, pero su mano no estaba allí. Por un segundo, olvidó que el brazo izquierdo hacía tiempo lo había perdido. Al recordarlo, se dio cuenta de que el muñón también le picaba. Levantó el brazo derecho, pero su mano quedó atrapada en un fuerte y firme agarre óseo. De nuevo oyó la voz del médico. No podía entender una palabra de lo que decía, pero el significado general era suficientemente claro: ni siquiera pensar en eso.

Sintió que le ponían una compresa fría en sus ojos, lo que de alguna manera calmó la picazón. Cuando la retiraron, lentamente, poco a poco, recuperó la visión. Vio una ventana y más allá, el azul del cielo. Un anciano árabe con blancas vestiduras y turbante estaba inclinado sobre él, desenrollando el vendaje con una mano y juntándolo con la otra. Dos manos, diez dedos: qué extraño era mirarlos con tanta envidia.

Había alguien más en la habitación, un hombre mucho más joven, estaba de pie más allá del médico. Tenía el aspecto de los indios orientales en la delicadeza de su rostro y el tono de su piel, pero su camisa blanca de algodón era de corte estilo europeo y estaba metida en unos bermudas y tenía medias. Había sangre blanca allí, en alguna parte, también, pues el hombre que estaba en la cama pudo ver que el marrón asiático de la piel del joven estaba diluido por un ligero tinte rosa pálido.

Entonces lo miró y trató de decir:

—¿Hablas inglés?

Sus palabras no se oyeron. Su voz era apenas un susurro. El hombre hizo un gesto con esa especie de garra rota que era su mano derecha para que el joven mestizo se acercara. Lo hizo, esforzándose, claramente, por contener una expresión de absoluta repulsión que se abría paso en su rostro a medida que se acercaba y la imagen se hacía más clara.

—¿Hablas inglés? —repitió el hombre en la cama.

—Sí, señor. Hablo inglés.

—Entonces dile a este sarnoso árabe... —se detuvo para llevar algo de aire a su pecho, haciendo una mueca cuando raspó sus pulmones destrozados por el humo y la flema— ... que deje ser tan tontamente pusilánime... con mis vendajes. —Hizo otra inspiración seguida por un corto y agudo gemido de dolor— ... Y que arranque pronto esas malditas cosas.

Las palabras fueron traducidas y el ritmo de retiro de las vendas aumentó de manera considerable. El tacto del médico se hizo más áspero al dejar de preocuparse por ser más delicado. Evidentemente la traducción había sido literal.

El dolor simplemente aumentó, pero para entonces el hombre en la cama estaba empezando a sentir un perverso placer en su propio sufrimiento. Había decidido que se trataba de una fuerza —no diferente del viento o del mar—

que podía dominar y manejar. Él no se iba a dejar derrotar por ella. Esperó hasta que el último trozo de tela fétida y nauseabunda, pegajosa de sangre y piel en carne viva, hubiera sido arrancado de su cabeza y luego dijo:

—Dile que me consiga un espejo.

Los ojos del joven se abrieron grandes. Le habló al médico, que sacudió la cabeza y comenzó a parlotear a un ritmo mucho más rápido y un tono más alto. El joven estaba claramente haciendo todo lo posible para hacerlo razonar. Al final, se encogió de hombros, movió las manos en un gesto exasperado de derrota y se volvió hacia la cama.

—Dice que no lo hará, señor.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —le preguntó el hombre herido.

—Alhuda, señor.

—Bien, Alhuda, dile a ese testarudo bastardo que soy un conocido personal... no, el hermano de armas de Ahmed El Grang, el rey de los omaníes, y también del marajá Sadiq Khan Jahan, hermano menor del propio Gran Mogol. Cuéntale que ambos hombres valoran el servicio que les he hecho y se sentirían gravemente ofendidos si supieran que un esmirriado viejo matasanos se niega a hacer lo que le pido. Entonces dile, por segunda vez, que me consiga un maldito espejo.

El hombre se dejó caer sobre sus almohadas, agotado por su diatriba, y observó mientras sus palabras eran transmitidas al médico, cuya actitud en ese momento se había mágicamente transformado. Hizo una reverencia, cayó de rodillas, se agachó servil y luego atravesó corriendo la habitación con notable velocidad para alguien aparentemente tan anciano, y regresó, bastante más lentamente, con un gran espejo ovalado con un marco de mosaicos de brillantes colores. Era un objeto pesado y el médico requirió la asistencia de Alhuda para mantenerlo sobre la cama en un ángulo adecuado para que el paciente pudiera observar su propio aspecto.

Por un momento, el hombre en la cama se sorprendió por lo que vio. El iris de su ojo ciego era de un azul muerto, sin vida, rodeado de una bola de blanco crudo, inyectada de sangre. La mejilla debajo de ese ojo había sido quemada tan brutalmente que había dejado un agujero del tamaño del puño de una mujer para dejar claramente visibles la mandíbula y los dientes en una terrible exposición de la calavera debajo de la piel. El pelo había sido totalmente quemado, salvo por un pequeño penacho color jengibre que sobresalía justo por encima de la oreja derecha, y la piel del cuero cabelludo era apenas visible debajo de todas las costuras y llagas que la desfiguraban. Parecía un cadáver que había estado ya una buena semana o dos enterrado. Pero así, pensó, era exactamente como debía verse, porque él ya no estaba realmente vivo. Alguna vez había tenido un enorme entusiasmo por la vida. Se zambullía en sus placeres, ya fuera bebiendo, haciendo el amor, jugando, peleando o aprovechando para sí todo lo que caía en sus manos. Todo eso le había sido quitado. Su cuerpo era una ruina y su corazón estaba tan frío como una tumba. Pero no todo estaba perdido. Había una fuerza dentro de él que podía sentir cómo crecía para reemplazar todos sus viejos deseos e impulsos. Era tan poderosa como un imponente río con toda su fuerza, pero su caudal era de bilis en lugar de agua. Pues aquello era una inundación de ira, de amargura, de odio y, sobre todo, de un abrumador deseo de venganza contra el hombre que lo había reducido a ese ruinoso estado.

El hombre miró a Althuda con su único ojo y dijo:

—Yo te pregunté cuál era tu nombre, pero ¿sabes cuál es el mío?

—No, señor.

Una mueca esquelética apareció en el rostro del hombre, en una espantosa parodia de sonrisa.

—Entonces te lo diré. Soy Angus Cochran. Soy un escocés orgulloso y mi título es conde de Cumbrae.

Los ojos de Althuda se abrieron horrorizados al reconocerlo.

—Usted es... Usted es aquel al que los hombres llaman el Buitre —jadeó.

—Sí. Ese soy yo. Y si tú sabes eso, tal vez sepas también quién es el hombre que me hizo esto, un arrogante muchacho inglés llamado Hal Courtney. Ah, sí. Me doy cuenta de que ese nombre te suena, ¿no es así, muchacho?

—Sí, señor.

—Bueno, déjame decirte esto, entonces. Voy a encontrar a Courtney, no importa cuánto tiempo me lleve, o hasta dónde tenga que ir. Lo voy a atrapar. Y voy a mojar mi pico con su sangre.



La batalla había estado avanzando y retrocediendo por la meseta Kebassa, en el noreste de Etiopía, desde cuando apenas amanecía hasta las últimas luces del día. El clamor ya había desaparecido para ser reemplazado por los gritos triunfales de los vencedores, las desesperadas súplicas de piedad de los enemigos derrotados y los quejidos lastimeros de los heridos, pidiendo agua o, si el final ya estaba cerca, pidiendo por sus madres. Un ejército de etíopes cristianos había infligido una tercera y aplastante derrota a las huestes musulmanas reclutadas por orden del propio Gran Mogol para invadir las tierras de aquellos. Las dos primeras habían resultado ser falsos amaneceres y cualquier sensación de seguridad que ellas hubieran producido rápida-

mente se demostró que era injustificada. Pero esta victoria fue tan completa que puso la disputa más allá de toda duda. Las fuerzas enemigas fueron derrotadas en tierra, y todo barco con refuerzos y suministros que se atrevió a intentar cruzar el mar Rojo desde Adén hasta la costa de Eritrea fue hundido con rapidez por la nave que, por sí sola, dominaba esas aguas. Se trataba de una fragata inglesa llamada *Rama dorada*. La embarcación había sido puesta a navegar con el objetivo de obtener ganancias comerciales. Y en ese momento su capitán la había puesto al servicio de la libertad y de la protección de la reliquia religiosa más importante de Etiopía y, de hecho, de toda la cristiandad: el Tabernáculo mismo en el que los judíos habían transportado las tablas de piedra, bajadas por Moisés desde el monte Sión, y en el que, se decía, reposaba también el Santo Grial.

Detrás de las líneas etíopes se había levantado una gran tienda. Una compañía de guerreros vestidos con cascos y corazas de acero hacía guardia en la entrada. El interior estaba adornado con preciosos tapices que ilustraban escenas de la vida de Cristo. Habían sido tejidos con hilos de seda cuyos colores brillaban como joyas en el parpadeo de la luz de una docena de antorchas encendidas y un sinnúmero de velas, mientras que la aureola alrededor de la cabeza del Salvador brillaba con hilos de oro puro.

En el centro de la tienda había una mesa grande en la que se había armado un modelo del campo de batalla y los terrenos circundantes. Se mostraban las colinas en exacto detalle topográfico; arroyos, ríos y lagos eran destacados en azul, al igual que uno de los bordes del modelo, que representaba el mar. Estatuillas exquisitamente talladas en marfil de soldados de infantería, caballeros y cañones representaban las unidades de infantería, caballería y artillería que habían sido dispuestas a cada lado. Al comienzo del día, fueron colocadas en una copia perfecta de los órdenes de batalla de los dos ejércitos, pero luego la mayoría de las

figuras que representaban a las fuerzas árabes habían sido derribadas o eliminadas por completo de la mesa.

El ambiente en la tienda era tranquilo. Una alta e imponente figura con vestiduras eclesiásticas estaba manteniendo una conversación con un grupo de altos mandos militares. Su barba gris le caía casi hasta las rodillas, y su pecho estaba adornado tanto con cruces de oro y cadenas de cuentas de rosario, como con medallas e insignias de rango militar. El murmullo discreto de las voces de los hombres contrastaba marcadamente con los agudos gritos de emoción y alegría que provenían del sector donde estaba la mesa.

—¡Pum! ¡Pum! —gritaba un niño pequeño. Tenía en su mano una figura de hombre de caballería etíope, montado en un fornido padrillo, y lo movía hacia atrás y hacia adelante por una esquina de la mesa, derribando a los muñecos árabes que de alguna manera habían quedado en pie después de la batalla.

Entonces, un guardia abrió la tela de la entrada de la tienda e ingresó un soldado cuya blanca túnica de lino puesta sobre una camisa de cota de malla parecía diseñada más para enfatizar la delgadez y flexibilidad del cuerpo de quien la portaba que para ofrecer protección seria alguna.

—¡General Nazet! —gritó el niño, que dejó caer su soldado de juguete y corrió sobre el suelo alfombrado para arrojarlo a las piernas cubiertas de acero del soldado, en las que todavía brillaban húmedas las salpicaduras color escarlata de la sangre del enemigo. Luego las abrazó con tanta fuerza como si estuviera acurrucándose contra el suave y acogedor seno materno.

El general se quitó un casco de plumas para revelar una cabeza cubierta de espesos y apretados rizos negros. Con un movimiento rápido de la cabeza los rizos volvieron a la vida, formando un círculo cuyo improbable parecido con uno de los halos de los tapices cercanos fue realzado por el brillo dorado de las velas. No había ni rastro del sudor y la